

—Regresando de Harvard —repuso Bladimir—, con el título en la mano, se cumplirá el más caro deseo de mi madre, tu abuela —se dirigió a Alessandro—, poner a tu nombre una hermosa casa que se ubica a una cuadra de la avenida más hermosa de México: el Paseo de la Reforma,.

Mi hijo dio un sorbo a su chocolate, volteó a verme, se sonrió. Noté que el comentario de su padre le había agradado. Otra muestra de que Bladimir seguía al pie de la letra los deseos de su madre. Para él, esos deseos eran como mandato divino que debía obedecer a *pié juntillas*.

Los presentes propusieron un brindis por el anuncio que acababa de hacer mi marido. El que se llamaba Pablo exclamó: “Hijo, no todos tienen el privilegio de tener un padre que te apoye de esa manera. No cualquiera estudia en la Universidad de Harvard, solo los privilegiados, los que tienen un padre como el tuyo.” “Otro brindis por la firme decisión de tu padre”, planteó el más alto de todos. Los presentes levantaron sus copas en respuesta a la espontanea petición; levanté la mía. Enviar a mi hijo a un lugar tan lejano significaba alejarlo de mí. La presencia de Alessandro en la reunión y la satisfacción mostrada por todos, me obligaban a mostrarme complaciente con el anuncio de mi marido.

—Señora Zalia, debe usted sentirse orgullosa de tener un marido que adora a su familia, lo estamos viendo —aseguró el que vestía pantalón blanco, camisa de algodón roja y lentes oscuros.

CAPÍTULO 16

Alessandro terminó la preparatoria. Su papá estaba dispuesto a cumplir la promesa de enviarlo a estudiar a Harvard. Se informó de los requisitos y empezó, con anticipación, a reunir los documentos necesarios para su inscripción. Le presentaron al papá de un muchacho de Poza Rica que estudiaba allá. Era petrolero, tenían la solvencia económica necesaria para sostenerle los estudios en Harvard. Consiguió que le orientara en todos los detalles, incluso, hasta lo que debía hacer para conseguir ahorros en la estancia y las colegiaturas.

Bladimir no paró en cumplir todo lo que el hijo requería para su ingreso. le gestionó una tarjeta de crédito con el gerente del banco, su amigo, para que la usara en sus gastos. El domingo que siguió fueron su papá y él al aeropuerto de la ciudad de México. A las diez de la mañana tomaron el vuelo a una ciudad cercana a Harvard. Llegarían a su destino final por carretera. Mi marido me propuso que me quedara. Pretendió convencerme que no era pertinente que fuera porque “Podría presentarse una conexión sentimental entre los dos que afectaría a nuestro hijo”. Ese argumento

no lo entendí jamás. Fue un pretexto para que yo no fuera y él tuviera el tiempo necesario para inculcarle quien sabe qué cosas.

A pesar de los años, Sirvenda seguía siendo mi gran aliada, ambas contábamos a nuestro favor mayor experiencia. Mis papás no me habían dado la oportunidad de opinarles de mi vida en matrimonio; años habían pasado y no variaba la opinión que tenían de Bladimir. No era suficiente su cariño, necesitaba que me escucharan, que me comprendieran. Intuía que de enterarse en la situación en la que me tenía Bladimir, lo enfrentarían. Bueno, al menos eso pensaba yo, en realidad quién sabe.

Prefería guardar silencio porque si mis padres reaccionaban el tipo se molestaría con ira; habría consecuencias. Tendríamos que mudarnos a otro lugar, lejos, emprenderíamos una nueva vida. Habría riesgos, él era influyente. Tenía yo que resistir. Me quedaba claro que mi suegra no se llevó a la tumba sus planes.

El martes estaba de vuelta en México. Aprovechó la ocasión para comer en la ciudad de México con unos amigos de la política. La reunión les llevó dos horas.

Finalmente, se cumplía uno de los propósitos de la que fuera mi suegra: alejar a mi hijo de mí. Mis sentimientos se apaciguaban al pensar que sería para su bien; sería gran profesionista. Con la ausencia de mi hijo la distancia entre mi marido y yo se acrecentó. Estaba convencida que se casó conmigo para mantener la imagen del gran varón, en una sociedad altamente conservadora.

No le importó el dolor que me infringían sus desplantes. No estaba a gusto con su condición de varón; tampoco tenía la culpa de lo que su madre hizo de él tal vez sin ser su intención. La recia personalidad de mi suegra fue determinante para que Bladimir no hubiera crecido en un ambiente de libertades. Las apariencias eran una de las características de la familia. Fingían espiritualidad y apego con la religión. Pregonaban pureza para sus almas. Nada más falso que eso.

Dos días después que regresó de México, asistimos al pueblo de San Rafael para comprar unos animales y festejar el cumpleaños del dueño del rancho. Me llevó porque estaría la familia del amigo, quería presumir que tenía esposa. Ellos se portaron muy cordiales con nosotros. Nos platicaron de cuando llegaron sus antepasados de Francia y cómo fundaron el pueblo de San Rafael.

A las ocho de la noche emprendimos el regreso. Durante el viaje hablamos poco. El silencio se facilitó por la decisión de Bladimir de viajar en el asiento del copiloto, a mí me mandó al asiento de atrás. Dormitaba a ratos. Sentí que el trayecto fue más corto de regreso. En dos ocasiones el chofer frenó intempestivamente; no abrí los ojos, no quise ver el ambiente de vacío que había dentro del auto. A las nueve y media de la noche llegamos a casa. El chofer me abrió la puerta, no le vio intenciones

a mi marido de hacerlo. En voz alta le di las gracias para hacer notar a mi marido su desatención. “Para servirle, señora”, me contestó el chofer sin levantar la cara.

HABÍAN PASADO QUINCE días de la ausencia de mi hijo. Me hice a la idea de que sería para su bien. Estudiar en el extranjero le daría prestigio, sería un profesionista respetable. Me llenaba de regocijo.

Bladimir me compraba libros; a la gente le alegaba que yo se los pedía. Le rogué que me comprara un curso de inglés para estudiarlo por mi cuenta, pensando que algún día lo pusiera en práctica en los Estados Unidos, en caso que tuviera la oportunidad de cambiar mi domicilio para allá.

Cayó a mis manos un libro que traía temas relacionados con el poder de la energía. Leía que el poder de la mente era tan fuerte que uno mismo podía modificar el futuro si se lo proponía. Hablaba que los pensamientos son energía, que podíamos darles determinada frecuencia para modificar actitudes de las personas que están en nuestro entorno. Me envolvió esa lectura, seguí al pie de la letra las recomendaciones. Ahora me doy cuenta que sí me dieron resultado.

Habíamos platicado que cada tres meses visitaríamos a nuestro hijo donde estaba estudiando. La primera vez fue mi marido, yo no. Arguyó que como andaba por la frontera le tocaba más cerca. No le di importancia porque a los tres meses ambos iríamos a verlo. No fue así. Inventó otro motivo, poco creíble, y tampoco lo acompañé a visitar a nuestro hijo.

Cuando regresábamos de un bautizo del hijito de un pariente de Bladimir, en una comunidad cercana, me dijo que mi hijo prefería no verme. Me quedé estupefacta, muda. Supuse que en caso de haber sido cierto el comentario, algo debió haber inventado para que mi hijo reaccionara de esa manera, si es que hubiese sido cierto.

MI VIDA SE VOLVIÓ RUTINARIA. Había aprendido inglés. Cuando me visitaba una amiga que había vivido en Estados Unidos, aprovechaba para conversar con ella en ese idioma. Algunas amistades con hijos en la escuela, me llevaban las tareas de inglés de sus hijos para que les despejara algunas dudas. Me sentía útil haciéndolo. Bladimir ya no era tan celoso, los años se habían encargado de modificar un poco sus emociones. Cada semana me reunía con mis amigas para jugar cartas, en ocasiones se incorporaba a las reuniones una amiga que leía el tarot; en cada reunión le tocaba a una de nosotras que se interesara en saber de su futuro.

La vida la tomaba de manera diferente, pude evitar los resentimientos. Alcancé la paz interior. Se me metió en la cabeza la idea de hacer una novela, me llamaba la atención dejar algo que trascendiera en el tiempo; no había definido aún el tema, tal vez algo relacionado con mi vida.

Todo libro de psicología que caía en mis manos lo leía. También buscaba los que trataran de cómo evitar las enfermedades como el cáncer y el alzhéimer. Me daba pavor padecer cualquiera de esos dos males. Pertenecía a otro grupo de 5 amigas que nos dábamos a la tarea de leer alguna novela y comentarla en grupo. Me parecía constructivo conversar con ellas y conocer de literatura. Mi hijo nos visitaba cada fin de año. Mi marido lo iba a ver cada seis meses, no cada tres como lo había prometido al principio.

Recuerdo bien cuando Alessandro nos llamó avisándonos que en dos meses se graduaría de abogado. Para mí fue la mejor noticia, me llenó de gozo y satisfacción. Dudaba que Bladimir me incluyera en los planes para asistir a la ceremonia de graduación.

Faltando un mes me propuso Bladimir que fuera yo a la graduación, que me hiciera acompañar por alguien de mi familia. Me reveló que se había sentido mal de salud y los médicos no le hallaban qué tenía. No le creí, supuse que era otra de sus tretas. Me percaté que no estaba bien de salud cuando descubrí que tomaba medicamentos. Me las ingeníé para saber el nombre de esas medicinas, una enfermera que años atrás inyectaba a Alessandro cuando enfermaba, con quien trabé buena amistad, me ayudó. Me dijo que la enfermedad de Bladimir podía ser algo delicado, no precisó de qué se trataba.

Les comenté a mis padres la idea de mi marido en relación al viaje. Gustosos aceptaron asistir a la ceremonia del nieto.

Faltando quince días para la graduación, me informó Bladimir que mis papás estaban dispuestos a acompañarme, que Bladimir ya había hablado con ellos. Antes de dos horas me lo estaban confirmando mis papás: que les había pedido el favor para que me acompañaran a los Estados Unidos, a la graduación de mi hijo.

Fui a visitar a mi mamá para ponernos de acuerdo de la ropa que llevaríamos. Por el tipo de ceremonia, me recomendó llevar un traje sastre con zapatillas y blusa de manga larga. Así vestiría mi mamá solo que de diferente color. Hicimos viaje especial a Xalapa para comprarnos la ropa; nos fuimos en autobús porque regresaríamos inmediatamente. Papá se compró traje, camisa y dos corbatas. Llegado el día partimos al Distrito Federal para tomar el avión; nos mandó Bladimir en el coche con chofer. Alessandro hizo las reservaciones de hotel. Llegamos el jueves, nos trasladamos en taxi al hotel. Decidimos descansar del viaje. El viernes desayunamos los cuatro en el restaurante del hotel donde nos hospedamos. Mi hijo preguntó por el padecimiento de su papá. Papá le dijo que no era para alarmarse: “Es algo que requiere reposo de varios días y que cumpla con los cuidados recomendados por los médicos; estará bien en un par de semanas”. Mi hijo quedó satisfecho con el comentario.

Después de la explicación, la plática giró hacia otros temas. Nos hizo un repaso desde que llegó a la universidad hasta ese día. Nos habló de sus amigos, de sus novias, de las invitaciones de jóvenes árabes para trabajar allá.

Platicamos durante dos horas; me parecieron cinco minutos. Cuando comentamos del regreso de los cuatro, nos aclaró que él se quedaba. Los que regresaríamos a México seríamos los mismos que fuimos. Nos explicó que tenía una espléndida oferta de trabajo para laborar en un prestigiado bufete de abogados de Nueva York; se presentaría el lunes siguiente. La invitación era del hijo de uno de los socios con el que había hecho buena amistad.

Los tres, en espontanea manifestación de alegría, le revelamos estar orgullosos por tan atractiva oferta. Vinieron a mi memoria las palabras de los amigos de Bladimir, en Acapulco, que le auguraban a Alessandro éxito profesional si estudiaba donde en ese momento se estaba recibiendo. ¡Qué conjeturas! Primero, su padre y mi suegra intentaron apartarme de lo que más quería en la vida; después, las relaciones estudiantiles de mi hijo se encargaron de lo posterior. La cosa es que de cualquier forma se mantendría alejado de mí... Sin lugar a dudas esta era la mejor.

Nos trasladamos a la universidad. Una hora después inició la ceremonia. La gente vestía elegantemente; algunos con vestimenta tradicional de sus países. Varios hablaban en lenguas para mí desconocidas. Puse especial atención en los que hablaban inglés, les entendía. Me sentía orgullosa de haber estudiado inglés. La ceremonia se desarrolló con el rigor protocolario que las caracteriza. Todo un espectáculo digno de la mejor universidad del mundo.

El sábado, en auto prestado por alguien, mi hijo nos llevó a conocer algunos lugares cercanos. Todo diferente a nuestra tierra; la comida con sabor diferente, la cultura también era otra. El domingo nos llevó al aeropuerto. Nos despedimos. Un par de lágrimas corrió por mis mejillas, rápido las sequé, debía haber alegría, no pesares. En el mismo avión iban varias familias de los nuevos profesionistas. Fue un vuelo tranquilo, sin sobresaltos. A ratos platicaba con mamá, a ratos leía. Después de confortante viaje de un poco más de 5 horas aterrizamos en el aeropuerto de la capital mexicana. Agradecemos a Dios haber llegado con bien. Descendimos del aparato, fuimos por nuestras maletas. La persona enviada por Bladimir se encargó del equipaje, lo subió al coche. Salimos rumbo a Papantla.

Al cabo de 5 horas de viaje por carretera, llegamos a mi casa. Mis papás pasaron a saludar a Bladimir. Papá le dio la noticia que mi hijo se quedaba por el ofrecimiento de trabajar en un despacho de New York. Mis papás le repitieron la historia que nos contó Alessandro.

Bladimir dijo estar complacido con la noticia. Nos preguntó algunos detalles del viaje. Lo noté cansado, distraído, como sumido en sí mismo. Después de un rato de reconfortante plática, mis padres se despidieron de Bladimir. Los acompañé a la puerta, les dije que los visitaría a media semana. El chofer los llevó a su casa. Aproveché para conversar con mi marido, pero me di cuenta que no me ponía atención.

QUINCE DÍAS DESPUÉS me dijo Bladimir que se sentía mejor; que pronto estaría en condiciones de hacer dos viajes que tenía pendientes.

Esa misma semana fue a Puebla para consultar a un médico que le recomendaron. El diagnóstico lo tranquilizó. A su regreso le vi mejor talante, más animado que cuando se fue. Al final de la quincena siguiente otra vez estaba mermada su salud. Canceló todas las salidas; sus amigos lo visitaban en la casa. Le encargó algunas tareas a su ayudante Miguel, quien por cierto murió meses después por una infección en las vías urinarias.

Conversando con uno de los médicos que visitaban a mi marido, me especificó que la enfermedad que padecía Bladimir era desconocida, razón por la que no podían encontrar algún medicamento que lo curara. Cada vez que se subía a la báscula pesaba menos. Al cabo de un año bajó 20 kilos. Estaba demacrado. La mayor parte del tiempo permanecía acostado, había contratado una enfermera que lo asistía durante el día. Semanas después contrató otra para que lo atendiera en las noches.

Mis papás lo visitaban con frecuencia, rezaban por él, no se explicaban que un hombre “tan bondadoso” estuviera padeciendo los efectos de una enfermedad desconocida. A pesar de las condiciones de salud no mejoró la comunicación entre nosotros. Sufría verlo en ese estado. El otrora hombre fuerte estaba reducido al cuidado de otras personas. Me sentía condenada a la pena eterna; mi sufrimiento no tuvo reposo, una sorpresa tras otra, todas desagradables. “Tienes que pasar lo peor para vivir lo mejor”, me dijo una comadre cuando me visitó. En la tarde de un día nublado entré optimista a la habitación de mi marido. Hizo esfuerzos por sonreír. Con voz debilitada me preguntó:

—¿Cómo estás de ánimo?

—En las mejores condiciones. Preocupada por tu salud, sé que de ésta saldrás bien, no tengo la menor duda.

Unas amistades me convencieron que entrara a un círculo de oración que creó una sobrina de mi suegra. Éramos nueve mujeres, yo era la más joven. Leíamos la Biblia y orábamos. La de más edad había estudiado la Biblia. Le preguntábamos, nos explicaba. Esa práctica reconfortaba nuestro espíritu. Al final de cada sesión, que eran cada tercer día, visitábamos en su habitación a Bladimir, lo tomábamos de las manos

formando un círculo, le transmitíamos energía positiva, según nosotros. Su semblante se relajaba.

Los cuchicheos en el pueblo subían y bajaban. La especulación sobre su enfermedad cundía por todos lados. No faltaba quien dijera que era un castigo de Dios por algún daño que a alguien hizo. Hablaban de asesinatos y despojos. Otros argumentaban que era cosa del diablo. Los médicos seguían sin atinarle al desconocido mal.

Un año y medio después que contrajo la extraña enfermedad, se corrió la voz que sería imposible su recuperación. Los del pueblo ya no temían hablar de él ni de su hermano. De la boca de la gente salían cosas y más cosas. Afirmaban que tenían evidencia de su homosexualidad. Alegaban que el joven que me lo asignó como chaperón, ¡era su amante!

LLEGÓ DICIEMBRE. El frío y la bruma anunciaban la llegada de la navidad. Las fiestas, las cenas, los regalos, los abrazos y las frases con los mejores deseos eran cotidianos. Para Bladimir sería diferente, solo un milagro podría mejorar su salud. Nada que ver con el hombre que años atrás, un veinticuatro de diciembre, levantó el alicaído ánimo de mi familia con su inesperada visita, con las manos llenas de comida, bebida y regalos. Aquel de reconocida fama en varios lugares del país. Sus influencias todo lo podían, hasta privar de la vida a quienes le estorbaban; pero no podía con su enfermedad.

En alguna ocasión me habían comentado que en una ranchería había un brujo al que le atribuían dotes especiales para sanar a la gente, incluso a desahuciados. No me costó trabajo conseguir los datos de esa persona, debía intentar cualquier cosa con el propósito de que mi marido sanara. La bruja que pronosticó mal augurio en mi matrimonio no me podía ayudar, ya había muerto.

Salimos a las ocho de la mañana, me llevó el chofer de Bladimir. Circulábamos a baja velocidad por veredas de rodadas profundas; solo podían transitar camionetas o camiones. Una hora después llegamos al rancho. Preguntamos por el domicilio del hombre; lo localizamos sin contratiempos. Estaba por salir, lo interceptamos afuera de su casa.

—Buenos días... ¿don Fulgencio...?

—A sus órdenes, señorita. ¿Para qué soy bueno? —contestó con gentileza.

—Venimos de Papantla, soy la esposa del señor Bladimir Bustanni, el mismo que ahora padece una enfermedad rara. Vengo a preguntarle de eso.

—Sí, yo conozco al señor. Hace algún tiempo me vino a ver, traía unas preocupaciones. Sé que está delicado de salud, ya me habían dicho. Pase usted,

siéntese en esta silla que está junto al altar. Voy a cortar unas yerbas, regreso en un momento.

Buscó unas tijeras, las encontró, salió presuroso. A los tres minutos estaba de regreso. En la mano derecha traía las hierbas y en la otra las tijeras. Me pidió me pusiera de pié, regó alcohol a mí alrededor, tomó una caja de cerillos, sacó uno, lo encendió, lo arrojó al líquido, ardió en flamas altas. Sentí calor, persistió pocos segundos... no hubiera soportado más.

—Tengo que hacerlo así —me dijo en tono aclarativo—, para despojarla de malas “corrientes” que hay en la casa donde viven ustedes; así veré con claridad lo que padece su hombre. Se paró frente al altar, juntó las palmas de sus manos en posición de oración, cerró los ojos, musitó frases, se persignó. Permaneció en esa posición un par de minutos. Derramó un líquido transparente en el vaso que estaba sobre una mesita al lado del altar, no era agua simple. De una canasta tomó un huevo de gallina, fracturó la cáscara contra el borde de una vasija de cristal, con sus dedos separó el cascarón, el contenido cayó dentro. Levantó el vaso a la altura de sus ojos, lo observó un instante, lo regresó a la mesita, volteó hacia mí, me dijo:

—Su marido no tiene cura, su enfermedad es nueva, viene de otros lugares del mundo, animales se la pegaron a personas y se ha ido extendiendo tanto que puede acabar con media humanidad.

Puse cara de sorpresa. Lo que acababa de escuchar confirmaba las sospechas del padecimiento de Bladimir. Me asombró el comentario que siguió.

—Usted es una buena mujer, fue enviada por las vírgenes a la tierra donde está pasando por pruebas muy duras; por algo se las pusieron. Veo clarito que a su marido se lo van a llevar quien sabe a dónde, pero no será al cielo. Le mandaron esa enfermedad porque la siguiente víctima de él iba a ser usted y su papá. En apariencia los quiere mucho, pero de ambos se desquitaría por chismes que gente mala tejió alrededor de ustedes. Lo que había escuchado de la boca del brujo me dejó más que perpleja. Mis pensamientos revoloteaban dentro de mi cabeza. —Por favor dígame si con su muerte el daño a nosotros se parará.

—Sí, ya no habrá más daño; ahí parará la maldad de la familia a la que usted se integró.

El chofer no escuchó la conversación, permaneció dentro de la camioneta a petición mía. En cuanto regresé a la casa entré a la habitación de Bladimir. Tenía la mirada clavada en la imagen de la virgen de Guadalupe colocada en una de las paredes de la habitación.

—¿Cómo te sientes? ¿Qué tal tu día? —le pregunté en tono cariñoso, como si lo que había escuchado del brujo no estuviera en mi memoria.

—Me siento tranquilo, Zalia, sé que Dios no me quiere allá arriba —dirigió su mirada al techo simulando ver al cielo. Trató de aparentar buen ánimo sin conseguirlo.

—Además, tengo muchas cosas que hacer aquí en la tierra —remató con voz débil.

No le comenté lo del brujo. Nada ganaría diciéndole las palabras del adivino. Decidí callar. Trataba de recordar la fecha en la que moriría mi marido, según él. Con Bladimir en cama tenía más libertades para salir a donde fuese necesario, nunca por placer. Tener un enfermo en casa es motivo de preocupación. Todos los días llegaban a la casa amistades que iban a enterarse del estado de su estado de salud. Siempre había café y bocadillos, a veces pastel. La respuesta que dábamos a todos los que preguntaban era: “Se encuentra estable, pronto estará bien”. Bladimir ya no quería recibir visitas. Solo familiares cercanos o amigos que venían de otros lados. Había quienes llegaban a la casa sin la intención de verlo físicamente, solo enterarse por voz nuestra de cómo estaba. Deseaban conservar la imagen del varón en la plenitud de sus facultades físicas.

CAPÍTULO 17

En aquella navidad todo fue diferente. La figura central no tenía la disposición de siempre. Las sorpresas en esa ocasión no fueron las mejores. Así lo esperábamos. Mis papás se encargaron de preparar la cena. Hicieron comida especial para Bladimir, la que habían sugerido los médicos. Ya no podía mantenerse en pie, se desplazaba en silla de ruedas. Un empleado lo movía de un lado a otro. Para subirlo o bajarlo por escaleras se sumaba la fuerza de otro más.

Mis papás llegaron a las tres de la tarde, habían comido en su casa. Para preparar la cena contaron con el apoyo del personal de servicio; así lo ordenó Bladimir. No hubo vino, solo sidra de manzana sin licor, era lo que Bladimir podía consumir, según el médico; y no más de dos copas. Además que no le gustaba tomar licor. Cenamos a las ocho y media de la noche, el reposo del enfermo era obligatorio. Sobre la mesa para diez comensales lucía un mantel con dibujos navideños, herencia de la mamá de mi suegra. Al centro fue colocado un adorno de flores Noche Buena flanqueadas por dos candelabros de cristal cortado.

Yo misma acerqué a la mesa a Bladimir en su silla de ruedas. El ambiente era de soledad. Había ausencia de algo. Mis papás se empeñaron en dar un toque de alegría. Bladimir habló poco durante la cena. Sus ojos estaban desorbitados, su pelo había encanecido, se le caía por montones. Trataba de sonreír. Su figura era frágil, estaba atenido de los que le rodeábamos. Una de las enfermeras estaba al tanto del enfermo, le pedimos que se sentara a la mesa, aceptó.